

El Lenin sin ismos de Francisco Fernández Buey

The Lenin without isms of Francisco Fernández Buey

Salvador López Arnal
Instituto Puig Castellar / UNED

Resumen

Francisco Fernández Buey (1943-2012), catedrático de Filosofía Moral y Política de la Universidad Pompeu Fabra de Barcelona y autor de *Marx (sin ismos)*, comunista democrático, activista antifranquista desde los 18 años (su primera manifestación fue en solidaridad con los mineros de Asturias; la segunda para protestar contra el asesinato de Julián Grima) y militante del PSUC-PCE (posteriormente de IU), fue un excelente conocedor de los grandes clásicos de la tradición marxista. En 1977 publicó su primer libro, uno de los primeros ensayos editados en España sobre el revolucionario ruso tras la muerte del dictador golpista: *Conocer Lenin y su obra*. Dar cuenta de las principales tesis de este libro y de otras aproximaciones suyas a la vida, obra y praxis del revolucionario ruso es la finalidad de estas páginas.

Palabras: V. Lenin, leninismo, K. Marx, F. Engels, Revolución rusa.

Abstract

Francisco Fernandez Buey (1943-2012), a professor of Moral and Political Philosophy at the Pompeu Fabra University of Barcelona and the author of Marx (without isms), a democratic communist, an anti-Franco activist since the age of 18 (his first demonstration was in solidarity with the miners in Asturias; the second a protest against the murder of Julián Grima) and a member of the PSUC-PCE (later of IU), he was an excellent connoisseur of the great classics of the Marxist tradition. In 1977 he published his first book, one of the first essays published in Spain on the Russian revolutionary after the death of the dictator: Knowing Lenin and his work. The purpose of these pages is to give an account of the main views in this book and his other approaches to the life, work and praxis of the Russian revolutionary.

Keywords: V. Lenin, Leninism, K. Marx, F. Engels, Russian revolution.

1. Proyectos

Fueron varios los libros que el profesor Francisco Fernández Buey (FFB en adelante) tuvo en mente que no pudo escribir finalmente. *La pasión razonada. Ensayos de historia del pensamiento socialista* es uno de ellos. FFB dejó un índice detallado con indicaciones parciales sobre los materiales, ya elaborados por él, que pensaba usar para escribirlo.

Formaban el primer capítulo de «Contando Marx y Rusia» nueve apartados: 1. Utopía y vocación científica. A propósito de la revalorización marxista de la obra de Fourier^[1]. 2. Utopía y vocación científica en la revolución socialista de la sociedad moderna. 3. La obra de Karl Marx y las ciencias sociales. 4. Marxismos e ideologías. 5. Del romanticismo al clasicismo. 6. Marx y Rusia. 7. De la polémica al sistema. 8. Los herederos de Marx y 9. Marxismo en España^[2].

Componían el segundo capítulo, sin título, seis apartados: 1. Lenin. 2. La cuestión rusa. 3. El pez cornudo en el estanque helado. 4. Crítica del bolchevismo. 5. La cuestión rusa y la autocrítica del leninismo. 6. Para la historia del movimiento consejista.

El tercer capítulo estaba dedicado a Gramsci y el cuarto, sin título general, lo subdividió en dos apartados: 1. El viejo Lukács. 2. Togliatti^[3]. Vladímir Ulyánov estaba muy presente en el segundo capítulo del libro.

1.- Probablemente el prólogo de FFB a Charles Fourier: *El extravío de la razón demostrado por las ridiculeces de las ciencias inciertas*, pp.5-34, 1974, volumen X, de la colección Hipótesis de Grijalbo que codirigió con su maestro, camarada y amigo Manuel Sacristán.

2.- Texto reelaborado de una comunicación presentada en el Encuentro italo-español de filosofía celebrado en Nápoles en abril de 1984. Fue publicado en *Sistema*, nº 66, mayo de 1985, pp.25-42.

3.- Uno de sus grandes referentes políticos.

No fue *La pasión razonada* el único caso. *Santos de mi devoción* es otro de los libros que proyectó. El coautor de *Ni tribunos*^[4] nos dejó también en el índice provisional, sus veinticuatro santos y santas. Lenin es el decimoquinto: 1. Jesús de Nazaret. 2. Girolamo Savonarola. 3. Thomas More. 4. Nicolás Maquiavelo. 5. Francesco Guicciardini. 6. Thomas Münzer. 7. Bartolomé de las Casas. 8. John Milton. 9. Lessing. 10. Giacomo Leopardi. 11. Charles Fourier. 12. Friedrich Engels. 13. F. M. Dostoievski. 14. Rosa Luxemburg. 15. V. I. Lenin. 16. Antonio Gramsci. 17. Simone Weil. 18. Bertolt Brecht. 19. Albert Einstein. 20. György Lukács. 21. Ernesto Che Guevara. 22. Juan Carlos Mariátegui. 23. Guy Debord. 24. Edward Said.

Como en el caso de *La pasión razonada*, al lado de cada santo/a FFB anotó los materiales que pensaba usar para escribir cada apartado. En el caso de Rosa Luxemburg «de apuntes curso Escuela de Sociología y otros»; en el de Simone Weil, «de apuntes curso Ética y filosofía política»^[5]. En el caso del revolucionario ruso: «Del libro sobre Lenin». Es decir, *Conocer Lenin y su obra*.

2. La colección de Dopesa

Conocer Lenin y su obra^[6] se publicó en 1977 (el autor lo escribiría probablemente durante el segundo semestre de 1976), en la editorial Dopesa, colección «Conocer». Fernández Buey, palentino de padre gallego y madre castellana, residente en Barcelona desde 1961, tenía entonces 34 años, era pro-

4.- Libro que escribió con su amigo y discípulo Jorge Riechmann, publicado por la editorial Siglo XXI en 1996. Una de las últimas conferencias impartidas por Sacristán lleva ese título.

5.- Francisco Fernández Buey, *Sobre Simone Weil*, Vilassar de Dalt, El Viejo Topo, 2020 (edición de Jordi Mir García y Salvador López Arnal).

6.- FFB dedicó el libro a Neus Porta i Tallada, su esposa-compañera, fallecida en septiembre de 2011.

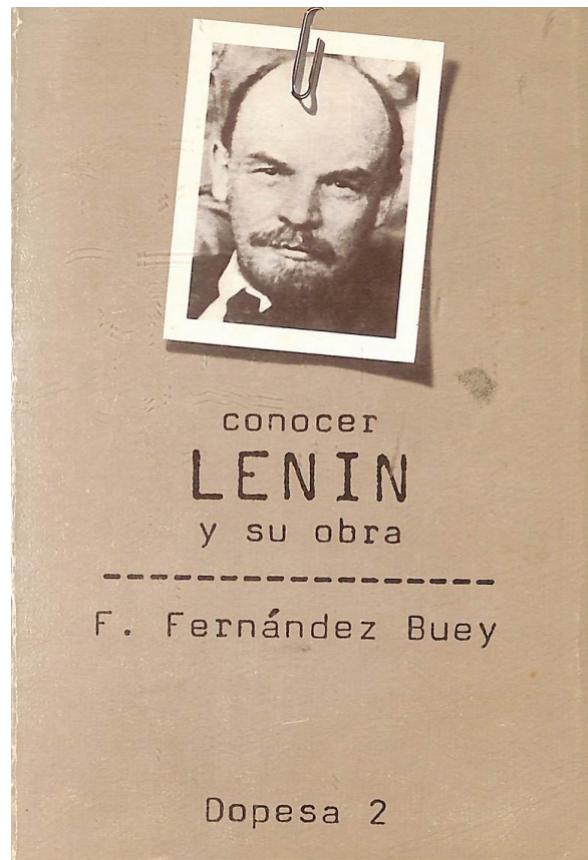
fesor no numerario; había dejado su militancia en el PSUC en marzo de ese mismo año^[7] y estaba comprometido en la elaboración y difusión de *Materiales*, una de las revistas de los primeros años de la transición de cuyo Consejo de Redacción fue miembro.

En la misma colección de Dopesa se publicaron ensayos similares dedicados a Beckett, Freud, Borges, Descartes, Weber, Einstein, Hegel y muchos otros escritores. Eran libros de introducción no básica, no propiamente de investigación, con pocas notas al pie de página, con fotografías, ensayos formativos no triviales e interesantes, de temática filosófica, literaria, científica o política, no muy extensos (unas 150 páginas, 144 en el caso de *Conocer Lenin*) que se iniciaban con una cronología, escritos en su mayor parte por jóvenes pensadores (tiempo después intelectuales de referencia) en un lenguaje conceptual asequible a un lector medio con deseos de estudio y saber. Junto con la Biblioteca de Divulgación Temática de la editorial Montesinos, *Conocer* fue una colección extraordinariamente importante para la formación cultural (en sentido amplio) de la generación joven, no exclusivamente universitaria, de aquellos años^[8].

Fue el primer libro de FFB. Una Introducción, una cronología muy trabajada, seis capítulos («Arrancar de nuestra aldea las flores imaginarias que la adornan», «Hay que soñar», «Aprender las lecciones de una revolución derrotada», «Fin de una época», «El doble poder de la parálisis de los soviets», «Las cosas han salido de un modo

7.- En su «Ridiculum Vitae» que Buey escribió en 2001 para su presentación en un programa de radio dirigido por su amiga de Facultad Guillermina Motta, observaba: «Ese mismo año 1977, poco antes de su legalización, me fui del PSUC, descubrí el ecologismo social y me afilié al Comité Antinuclear de Catalunya (CANC). Ayudé a convocar las primeras manifestaciones ecologistas en Barcelona».

8.- Eloy Fernández Porta me ha recordado que el lanzamiento de la colección fue tan importante (y exitosa) que llegó a anunciarse en las vallas publicitarias del Camp Nou.



muy distinto a como lo esperaban Marx y Engels») y una bibliografía comentada forman el índice del ensayo.

Primer libro, pero no la primera vez en que Fernández Buey, recientemente incorporado a la Facultad de Económicas de la Universidad de Barcelona como ayudante de Manuel Sacristán tras su expulsión de la universidad por la larga y masiva huelga de los PNN (Profesores No Numerarios) del curso 1974-1975^[9], escribía sobre el revolucionario ruso.

9.- Junto con su amigo Miguel Candel, profesor entonces de Filosofía Antigua en la Universidad de Barcelona (UB). Fue FFB, (que había iniciado la militancia en el PSUC en 1963 junto a Josep Elies, Quim Sempere, el Cristo de Pasolini o sea, Irazoqui, Parcerises y otros, en <https://espan-marx.net/?p=12503>, consulta: noviembre de 2023) quien dio entrada al autor de *Metafísica de cercanías* en el Partido. Fue su segunda expulsión; nueve años antes, en 1966, también había sido expulsado de la UB por su destacada participación en la fundación del Sindicato Democrático de los Estudiantes de la Universidad de Barcelona (SDEUB). Fernández Buey leyó el Manifiesto del Sindicato escrito por Sacristán: «Por una Universidad Democrática».

3. Observaciones bibliográficas

FFB observaba en la bibliografía del libro^[10] que la literatura traducida en nuestro país sobre la obra y vida Lenin era ya entonces muy extensa, pero desigual: «se han publicado, sobre todo en los últimos años, numerosos textos de interpretación y valoración de su pensamiento y escasas fuentes de información sobre su vida». Desde un punto de vista biográfico eran de consulta obligada en su opinión: Nadezhda Krúpskaya, *Mi vida con Lenin* (1977); Gerda y Hermann Weber, *Crónica de Lenin* (1975), y Gerald Walter, *Lenin* (1967), «una biografía completa aunque desigual según los períodos»^[11].

Eran muchas más las valoraciones de la evolución del pensamiento de Lenin. Fernández Buey citaba a Christopher Hill, *La revolución rusa* (1967) y E. H. Carr, *La revolución bolchevique 1917-1923* (1972)^[12].

Para la consideración de determinados aspectos del pensamiento de Lenin o de algunas etapas del mismo, se podían consultar también: György Lukács, *Lenin (la coherencia de un pensamiento)*: «Este libro de Lukács, escrito en 1924, es una de las primeras interpretaciones globales del pensamiento de Lenin y su lectura tiene un doble interés: el conocimiento de la evolución de la obra de Lenin y la comprobación de la madurez intelectual del joven Lukács»; Rudi Dutschke, *Lenin (tentativas de poner a*

10.- Con erratas en la edición original, corregidas en la nueva edición del El Viejo Topo de finales de 2023.

11.- Ensayo muy influyente en la joven generación comunista de principios de los setenta del siglo pasado. El autor de estas líneas es un ejemplo de «lector deslumbrado» por el ensayo de Walter.

12.- Sobre el volumen III de la obra de E. H. Carr escribiría Buey la reseña: «El pez cornudo en el estanque helado. A propósito de la Historia de la Rusia soviética de Edward H. Carr» en *El País/Libros*, nº 288, 28 de abril de 1985. Para una versión completa del texto: F.F.B. *Discursos para insomisos discretos*, op. cit, pp.255-260.

Lenin sobre los pies): «Este es un libro escrito desde las preocupaciones más apremiantes del marxismo occidental de hoy, felizmente alejado de toda beatería leninista^[13] y que, a pesar de perder en muchos momentos el hilo del discurso, adelanta sugerencias o hipótesis de notable valor al reconstruir el pensamiento de Lenin sobre la revolución».

Para los dos últimos años de la vida de Lenin había que consultar el libro, excelente en su opinión, de Moshe Lewin, *El último combate de Lenin*. A lo anterior, añadía un ensayo de Carmen Claudín, *Lénine et la révolution culturelle*, de 1975, que iba a ser publicado en breve por la Editorial Anagrama. No se olvidaba FFB de un libro publicado en México en 1970, el *Lenin* del entonces marxista Roger Garaudy: «una sencilla y aguda clarificación de los varios momentos del hacer político de Lenin en relación con sus estudios filosóficos».

La referencia y brevíssima valoración del ensayo de Garaudy nos da una pista para describir el más que probable marco filosófico-cultural en el que Buey escribió su ensayo, en un momento en el que había dejado recientemente su militancia del PSUC por desacuerdos con la línea del Partido.

En 1969, Manuel Sacristán había publicado una reseña sobre el libro de Garaudy en *Nous Horitzons*. Iniciaba el traductor de *El capital* su comentario señalando que la publicación del libro en la serie de «filósofos» de PUF era «como un anticipo de la inmediata conmemoración de Lenin», la celebración del primer centenario de su nacimiento. La colección en la que aparecía estaba destinada a su uso didáctico en bachillerato y en los primeros años de la formación universitaria francesa.

13.- Dicho en momentos en que estaba muy extendida la beatería leninista que Fernández Buey criticaba, Lenin era usado, en frecuentes ocasiones y de manera natural, como argumento de autoridad, como «no se hable más» en discusiones políticas.

A pesar de su brevedad, el texto merecía atención por proceder de un escritor marxista «tan sincero y tan leído» como era entonces Garaudy, quien, al igual que Sacristán (y que FFB), se había manifestado muy críticamente sobre la invasión de Checoslovaquia por las tropas del Pacto de Varsovia. La gravedad de los problemas con los que entonces se enfrentaba el movimiento comunista revelaba con tanta claridad la inutilidad de la literatura marxista inauténtica «de tantos tratados y manuales con todos los problemas del mundo resueltos», que la lectura de escritores marxistas que verdaderamente pensaran —gustase o no lo que pensaban— era incluso recomendable como ejercicio político.

Sin detenernos en el desarrollo de la reseña, Sacristán finalizaba su aproximación con una recomendación a la altura de su concepción del filosofar de la tradición marxista: «Era necesario de una vez dejar vivir a los clásicos. No se tenía que enseñar a citarlos, sino a leerlos. Leer creativamente, sin ceguera ni ideologismos, a Marx, Engels, Lenin, Luxemburg, Gramsci, Lukács o a tantos otros».

Esa era la cuestión, siempre lo fue para Sacristán. También lo fue para su compañero de lucha en las duramente perseguidas filas del PSUC y de la oposición antifranquista. En el marco de esas coordenadas filosóficas de estudio e interpretación, Fernández Buey escribiría en el 60º aniversario de la Revolución de Octubre su libro sobre el revolucionario ruso.

4. Antes de *Conocer a Lenin y su obra*

Conocer Lenin y su obra fue, como se indicó, el primer libro publicado por FFB, pero no la primera vez en la que escribió sobre Lenin. Fueron frecuentes sus referencias en escritos anteriores; veamos algunos ejemplos. Breves comentarios sobre el leninis-

mo pueden verse en «Acerca del oportunismo en los movimientos de masas»^[14]. Así, por ejemplo: «Por eso, el compañero que preconiza en una asamblea de estudiantes la discusión de la ley de educación en las fábricas no era un ‘frustrado pequeño burgués’ como quieren los BR^[15], ni estaba introduciendo la ‘política burguesa’ en el movimiento de masas». Al contrario, con ello se aludía «a la necesaria —y leninista— superación de la conciencia meramente sindicalista». La solidaridad mutua obreros-estudiantes era un factor importante en el desarrollo del movimiento revolucionario. «Pero hoy no podemos quedarnos solo en eso; hoy no basta con que los estudiantes se solidaricen con la clase obrera».

Son numerosas las referencias a Lenin y al leninismo en el artículo de 1975: «Della Volpe/Lukács. Notas para situar una polémica del marxismo contemporáneo»^[16]. Aunque no siempre se tenía suficientemente en cuenta, observaba Buey, «hacía ya tiempo que la utilización sin adjetivar de la palabra ‘marxismo’ constituía un indicio de ambigüedad». Que el asunto no era de aquel momento lo probaba «el ya tradicional empleo de la denominación ‘marxismo-leninismo’ a la hora de establecer diferenciaciones». Pero tal vez, añadía, debido a la presunta obviedad propagandística y emocional de ese guion no se había reflexionado demasiado sobre los hechos históricos que ocultaba.

Aun reduciendo el problema de esa

14.- Publicado (sin firma) en *Universitat*, órgano del comité universitario del PSUC, extraordinario, 1 de abril de 1972.

15.- Bandera Roja fue un grupo de la izquierda antifranquista, algunos de cuyos dirigentes y militantes de aquellos años pasaron posteriormente a formar parte del PSUC. Entre ellos, Jordi Borja, Jordi Solé Tura y Eulàlia Vintró.

16.- *Zona Abierta*, 5, 1975/1976, pp.17-43. FFB escribió su tesis doctoral sobre la obra de Gustavo della Volpe, *Contribución a la crítica del marxismo científico*, Barcelona, Publicacions Edicions UB, 1984.

ambigüedad, que sin duda era más amplia, al tema de la relación teórica Marx/Lenin («temática que no es la única importante al respecto, pero quizá sí la más significativa y decisiva para lo que suele llamarse marxismo occidental»), podría afirmarse sin demasiado temor a caer en esquematismos que incluso la tradicional denominación «marxismo-leninismo», impuesta tras la muerte de Lenin, solo era apta ya «para las más simplificadas exposiciones catequísticas o para los funcionarios que, con miras estrictamente represivas, establecen archivos policíacos en los más atrasados países capitalistas». El medio siglo de existencia del rótulo «marxismo-leninismo» había hecho, «seguramente no por envejecimiento sino por acumulación de dispares experiencias históricas», que en él fueran incluidas explícita o implícitamente «tesis debidas al joven Lukács, no estrictamente leninista, a Korsch, a Rosa Luxemburg, o a Bernstein, o a Kautsky, de acuerdo con el tenor subjetivo mediante el cual —todos ‘marxistas-leninistas’— asumen los períodos de crisis abierta o de relativa estabilización del capitalismo imperialista».

En «Un mundo en crisis»^[17], un prólogo fechado en mayo de 1975, Fernández Buey reflexionaba esta vez sobre el equilibrio, sobre el necesario equilibrio entre ciencia y programa de acción, con referencias al revolucionario ruso.

Valía la pena advertir, hablando de las «dos almas» de la tradición, que «sería igualmente un error considerar ese ideal y necesario equilibrio entre ciencia y programa de acción en el marxismo como un

principio absoluto e intemporal». Más bien habría que decir que se trataba de un equilibrio tendencial cuya concreción y articulación variaba históricamente en función de la relativa normalidad o agudización de la lucha de clases, «pues el desarrollo mismo de esta tiende a desplazar en uno u otro sentido el del equilibrio». La ilustración del autor: parecía justo criticar la forma en que «ese equilibrio intentó articularse en las organizaciones marxistas mayoritarias en el movimiento obrero occidental mediante una distribución interna de funciones entre ‘científicos’ y ‘políticos’, entre teóricos o investigadores y activistas del aparato», porque esa forma de articulación reproducía en la realidad una oposición que se declaraba superada en la doctrina; en la teoría: «la oposición entre teoría y práctica que, en última instancia, es un reflejo, paradójico en este caso, de la división del trabajo característica de la sociedad burguesa». Sin embargo, esa crítica no tenía por qué implicar «la afirmación paralela de que el problema del equilibrio entre objetividad y subjetividad estaba ya definitivamente resuelto en Marx, o Engels, o Lenin», pues esa afirmación contradecía un hecho obvio para cualquier lectura no dogmática de su obra: «el hecho de que en el esfuerzo de cada uno de ellos por articular teoría, análisis concreto de la situación concreta y programa revolucionario» había elementos problemáticos y aun contradictorios que se explicaban, en definitiva, «por el carácter dinámico que tienen tanto el principio de la realidad como el principio de la voluntad colectiva».

Casi podría decirse, desde ese punto de vista, que también en el marxismo de Marx, Engels y Lenin existían como dos almas, «las cuales no siempre se complementan al hacer frente a los acontecimientos históricos, sino que a veces se entrecruzan y tiran del carro de la historia hacia objetivos

17.- Prólogo a Antonio Gramsci/Amadeo Bordiga, *Debate sobre los consejos de fábrica*. Barcelona: Anagrama, 1975, pp.9-54. Ahora en FFB, 1917. *Variaciones sobre la Revolución de Octubre, su historia y sus consecuencias*, Vilassar de Dalt, El Viejo Topo, 2017, pp.57-98.



Francisco Fernández Buey en julio de 2012 (Foto: Elisa Cabot, fuente: Wikimedia Commons).

distintos y en sentidos opuestos». Esas dos almas eran, utilizando un símil del propio Lenin, «el alma del ‘campesino’, que ateniéndose al principio de la realidad sabe que los castillos son castillos y que las ventas son ventas, y el alma del ‘hidalgo’, que ateniéndose al principio de la voluntad y del deseo confunde a veces las ventas con castillos, aunque no por ello siempre yerre, pues en la dinámica histórica suele ocurrir en ocasiones que las ventas están a punto de transformarse en castillos...».

También en su presentación de *Crítica del bolchevismo*^[18], un texto de 1976, pueden verse referencias a Lenin y al leninismo, a propósito de la formación social de transición rusa tras la Revolución de Octubre de 1917. Paul Mattick o Karl Korsch^[19],

observaba FFB, sabían matizar, sabían que, a diferencia de lo que ocurrió después de 1924 tras el fallecimiento de Lenin, el revolucionario ruso caracterizaba todavía la formación social de transición que era la Rusia de aquellos años como «capitalismo de estado», «como una contradictoria y amalgamada superposición de intereses de clases diferentes conciliados por un aparato estatal bajo la dirección del proletariado». Pero tampoco compartían, «¿es necesario decir que razonablemente?», las fórmulas leninistas para caracterizar esa situación, «la definición del socialismo ruso como ‘soviets más electrificación’, la aspiración programática a integrar la ‘modernidad’ capitalista del sistema productivo alemán y americano de la época con el sistema de los

18.- Publicado por Anagrama, en la colección Debates, F.F.B., 1917. *Variaciones sobre la Revolución de Octubre, su historia y sus consecuencias*, ob. cit., pp.99-114.

19.- En la bibliografía de *Marx (sin ismos)*, Vilassar de Dalt, El Viejo Topo, 1998, p.231, Buey indicaba: «En general, la

lectura de Marx (*sin ismos*) se inspira en: Karl (1938), *Karl Marx*, traducción castellana de M. Sacristán, Barcelona, Ariel, 1978 y 1981; M. Rubel, *Marx critique du marxisme*, París, Payot, 1974, y M. Sacristán, *Sobre Marx y marxismo*, Barcelona, Icaria, 1983».

soviet». Y no lo compartían porque veían en la concreción política de aquella línea, «por una parte, la degradación de las funciones originarias del soviet y una delegación de las mismas en el partido bolchevique (por consiguiente, la degradación de la democracia obrera) y, por otra, que «Lenin solo vio los aspectos técnicos del problema de la socialización, olvidando, en cambio, los aspectos proletarios y socialistas del mismo».

No podía descartarse, sin embargo, que la autocrítica del último Lenin, «prácticamente desconocida en la década de los treinta», la propuesta leninista de revolución cultural, «su preocupación por la burocratización del Estado..., su exigencia de modificar la composición del Comité Central del partido bolchevique y, en suma, su repetida declaración de la necesidad de ‘volver a empezar de nuevo desde el principio’, fuera un comienzo de corrección de aquel olvido». Pero, Fernández Buey informaba, difícilmente podrían aceptar esa hipótesis quienes, como Mattick, Korsch y Pannekoek, estaban convencidos de «que el principio de la degeneración del marxismo en Rusia procedía de las tesis de Lenin en 1902-1903 sobre el carácter y la función del partido del proletariado, de un partido al que consideraban jacobino y pequeño-burgués». Esa consideración constituía, por lo demás, «la base de una tesis más general del extremismo clásico, la de la coincidencia en lo sustancial del kautskysmo teórico y del leninismo práctico».

5. Los herederos

Las referencias a Lenin son numerosas en uno de los artículos más influyentes de Fernández Buey en aquellos años: «Los herederos de Marx», publicado en el *El Viejo*

Topo^[20], n.º 1, noviembre de 1976^[21]. La primera parte del artículo estaba dedicado a la herencia marxiana y sus albaceas; la segunda a Lenin y a Rosa Luxemburg.

FFB indicaba que cuando un autor declaraba que su aportación al estudio de la sociedad había sido, entre otras cosas, la demostración de que la lucha de clases conducía necesariamente a la dictadura del proletariado; cuando luego veía la materialización de la dictadura del proletariado en el primer gobierno obrero, aunque efímero, que ha existido en la historia (Comuna de París); cuando combatiendo al mismo tiempo contra la ilusión anarquista acerca del estado y contra la degradación estatalista del propio marxismo, reafirmaba su concepción al respecto, «ponerse a contar cuantas veces sale el término en su obra era (y es) una tarea inútil, de eruditos académicos o de potenciales mixtificadores de la realidad existente». Contra esa corriente de dilapidadores de la herencia de Marx, frente al «marxismo» de cátedra y el reformismo, Rosa Luxemburg en Alemania y Lenin en Rusia habían representado a principios del XX «el aire sano de la recuperación del marxismo vivo, concorde además con la apreciación realista de las cosas nuevas, de los movimientos nuevos».

En su recuperación del pensamiento marxiano, Luxemburg y Lenin habían tratado de dar, además, una explicación del hecho de la degradación de la socialdemocracia alemana. La manipulación de los textos de Engels o la tergiversación de la herencia de Marx «no podía ser sino la manifestación de una realidad más profunda, de una realidad que afectaba directamente a sectores no despreciables de la clase

20.– Una de las revistas que, junto a *Mientas tanto y Papelles de relaciones ecosociales y del cambio global*, Buey más hizo suya.

21.– Fue reimpresso en su recuerdo tras su fallecimiento en el n.º 297, 2012, pp.38-45.

obrera europea (en especial inglesa y alemana): esa realidad nueva era el imperialismo y, con este, la potencial degradación ideológica y política de las capas superiores más favorecidas del propio proletariado en los países dominantes».

Ambos revolucionarios también vieron con rapidez y en profundidad el dilema entre reforma y revolución que se abría para la clase obrera, «reafirmándose (frente a Bernstein y los 'revisionistas') en las tesis de Marx acerca de la anarquía creciente de la producción capitalista, acerca de la tendencia histórica a la agudización de las contradicciones básicas de la sociedad burguesa así como acerca del proceso de concentración monopolista de empresas y capitales en tanto que factor objetivo que mina el sistema». Por encima de las diferencias que les enfrentaron en cuestiones como la organización del partido de la clase obrera, el derecho de las naciones a la autodeterminación, el arranque de la construcción del socialismo en la URSS o la interpretación marxiana de las crisis en el capitalismo, «Lenin y Rosa restauraban de nuevo la concepción marxiana del período de transición sabiendo ver la distinción cualitativa existente entre la 'democracia' burguesa y la 'democracia' proletaria». Quienes eran contrarios a la táctica exclusivamente parlamentaria habían basado su argumentación en la defensa de los principios marxistas y en la crítica de reformismo como utopía derechista. «Pero cuando en 1905 estalla la Revolución rusa los más sensibles entre los revolucionarios europeos vuelven sus ojos hacia ella en busca de enseñanzas, de 'lecciones históricas' aplicables también en sus respectivos países». Rosa Luxemburg estuvo entre ellos, remarcaba FFB.

Lenin, que no dio inicialmente gran importancia al hecho central del surgimiento de los soviets y que incluso vio en esos or-

ganismos obreros enojosos competidores, fue, en cambio, más lejos que Luxemburg en otro sentido. «Probablemente sin conocer el texto completo del 'testamento político de Engels', se fija, sin embargo, en el elemento central: los cambios técnico-militares producidos desde 1848». Y ello porque Lenin tenía en cuenta también el elemento central de la Revolución de 1905: «la derrota de la insurrección (Rosa no habla de la derrota; solo reflexiona sobre los aspectos positivos de la experiencia rusa); no niega el carácter espontáneo o semi-espontáneo de la huelga general y del arranque de la insurrección. Pero eso es, justamente, lo que le parece insuficiente». Y por ello concluía lo contrario que Luxemburg: «Hoy debemos, en fin, reconocer públicamente y proclamar bien alto la insuficiencia de las huelgas políticas». La reflexión de Lenin sobre la Revolución de 1905 empezaba precisamente en el punto en que terminaba la de Luxemburg: el carácter de la insurrección en el futuro, la lucha por ganarse al ejército. Tal era el talante político de Lenin, concluía Buey.

6. La autocrítica del leninismo

Por las fechas en que publicó *Conocer Lenin y su obra*, FFB impartió una conferencia^[22] con el título «Autocrítica del leninismo y actualidad del comunismo. Tesis para un debate». Se conserva el guion de su intervención^[23]: una premisa y seis apartados, con énfasis en la autocrítica del último Lenin:

22.– Probablemente noviembre de 1977. La faceta de conferenciante (rigurosa, diversa, siempre de interés, apta siempre «para todos los públicos», atendiendo a múltiples peticiones) es una de las grandes aportaciones de FFB a la cultura de izquierdas, desde los años de la lucha antifranquista hasta el prematuro final de su vida.

23.– Entre la documentación depositada en el Archivo de Fernández Buey de la Universidad Pompeu Fabra (AFFBU-PF).

«Premisa: Incumplimiento de las expectativas revolucionarias en el occidente capitalista: 1. Maduración de las condiciones objetivas para la revolución. 2. Derrota de la revolución proletaria en occidente (1917-1923). 3. Fracaso de la línea de la III Internacional en Europa occidental (matización positiva en cuanto a la línea de repliegue)».

«El leninismo como sentido común de la revolución comunista» es el título del primer apartado:

«1. El análisis leninista del estado y sus implicaciones. 2. El papel del imperialismo. 3. La autoconsciencia de las limitaciones de la Revolución rusa. 4. La forma de resolución de la lucha de clases: dictadura proletaria. 5. El desplazamiento del centro de la revolución hacia oriente».

«La autocrítica del último Lenin como punto de partida» es el título del segundo:

«1. Sobre la naturaleza del estado soviético. 2. Sobre la relación obreros/especialistas burgueses/campesinos. 3. Sobre el papel de la cultura y la revolución cultural. 4. La estructura orgánica y la estrategia de los PPCC de la Europa occidental (el problema de la rusificación)».

«La autocrítica del leninismo y sus líneas de avance» es el nombre al tercero:

«Algunas aportaciones indispensables. La crítica de Trotski. La reconsideración de Antonio Gramsci sobre el estado. Mao Tsetung y los problemas del productivismo. Palmiro Togliatti^[24] y la cuestión del poli-

24.- F.F.B., «La iniciativa de Palmiro Togliatti en 1954 acerca del peligro de guerra nuclear», en AA.VV., *El pensamiento político de Palmiro Togliatti*, Madrid, FIM, 1986, pp.111-120 (ahora en <https://www.elviejotopo.com/topo-express/acerca-del-peligro-de-guerra-nuclear/>) (consulta: noviembre de 2023).

centrismo. La autocrítica del leninismo en el PC checoslovaco (1968)».

«Ambigüedades en la autocrítica del leninismo» es el título del siguiente apartado:

«1. Una característica común: hacer de la necesidad virtud. 2. Errores varios: la conversión del comunismo en ideología; la exaltación global del leninismo y la afirmación acrítica de la inmediatez de la revolución; la crítica ideológica del productivismo; la degeneración socialdemócrata: confundir el repliegue con una vía al socialismo».

«El fin del marxismo-leninismo» y «Elementos de una política comunista» son los dos últimos apartados no desarrollados del esquema.

Los puntos centrales de la intervención de Buey eran: la autocrítica leninista, sus líneas de avance, y los errores: la conversión del comunismo en ideología, la exaltación global del leninismo, la afirmación acrítica de la inmediatez de la revolución, la crítica ideológica del productivismo.

Volvamos a *Conocer Lenin y su obra*.

7. Desprenderse del talante laudatorio y embalsamatorio de los varios leninismos

FFB abre su libro con una introducción en la que recoge y resume ideas centrales de su exposición.

La emancipación de los trabajadores en la Rusia de principios del siglo XX exigía «una afirmación de la voluntad colectiva de cambio mayor aún, si cabe, que en los países de la Europa occidental». La vida y la obra de Lenin había sido, en gran medida, fruto de esa voluntad colectiva de transfor-

mación del régimen autocrático zarista y, al mismo tiempo, un elemento catalizador «del deseo para su conversión en una estrategia rectamente dirigida hacia el objetivo de la toma del poder político por el proletariado industrial».

En la exclusiva dedicación a la política revolucionaria que fue la vida del revolucionario ruso desde 1894 hasta 1923, 30 de los 54 años que vivió, hubo un eje esencial, una preocupación central, «una verdadera pasión: elevar la conciencia de la clase más oprimida de aquella sociedad y organizarla». Esa pasión, de nuevo esa pasión razonada, había tenido como era natural diferentes fases, «conoció diversos giros y se enriqueció con el conocimiento no solo del movimiento obrero ruso sino también del de otras varias nacionalidades europeas».

A la extensión de esas fases y a la importancia de los diferentes giros en la vida del revolucionario ruso, cuyo pensamiento estaba muy lejos de ser una línea recta (como todo verdadero pensamiento), se hacía referencia con detalle en los seis capítulos en que había estructurado el libro.

Empero, por encima del interés del análisis de esos giros y de los varios matices que en ellos era posible encontrar, tarea magníficamente resuelta que puede observarse y disfrutarse desde los primeros compases de la lectura del ensayo, Fernández Buey anunciaba que había puesto énfasis en lo que consideraba el hilo conductor del pensamiento de Lenin: «el análisis de la naturaleza de la Revolución rusa y la vinculación de esta con las revoluciones europeas». Para FFB, Lenin había sido uno de los revolucionarios marxistas «que más en serio se había tomado la tantas veces repetida afirmación marxiana de que los obreros no tienen patria».

Además, en el caso del compañero de Krúpskaya, remarcaba Buey, la preocupación por vincular la Revolución rusa a las

revoluciones de la Europa occidental no había sido «cosmopolitismo intelectual de literato incapaz de comprender los sufrimientos y las necesidades de la clase obrera del país de origen, sino verdadero internacionalismo». Por ello, sesenta años después de la Revolución de Octubre, FFB consideraba que el estudio de la obra de Lenin seguía siendo obligado «para todo aquel que sienta la necesidad de la emancipación de los trabajadores y que esté dispuesto a luchar contra la explotación de clase». Y ello, añadía, «pese a que la historia siguió un curso distinto en gran medida al que preveía el autor de *El estado y la revolución*».

Para Fernández Buey, la combinación de estos dos hechos —las cosas se habían desarrollado de manera distinta a lo prevista por la teoría después de 1917 y la orientación internacionalista de Lenin—, daba a muchas páginas de la obra leninista una nueva actualidad en la Europa occidental de aquellos años setenta.

En cualquier caso, para recuperar a Lenin, para comprender lo que de universal había en su obra y en su praxis, y para valorar con verdad la actualidad de su pensamiento político también en la Europa occidental, «había que desprenderse al mismo tiempo del talante laudatorio y embalsamatorio de los varios ‘leninismos’ que se impusieron a su muerte». Es decir, un Lenin sin ismos.

Ello implicaba, punto central en la aproximación de FFB, tener presente en todo momento que la obra de Lenin, «incluida aquella parte de la misma escrita como presidente del Consejo de los Comisarios del Pueblo de la República soviética», había sido esencialmente una obra polémica, nada sistemática; una obra cuyo conjunto era complejo (como no podía ser de otro modo) y «en el que para conocer cada pieza es preciso saber la fecha en que fue redactada, el debate que la originó y has-

ta la personalidad del contradictor o de los contradictores del momento», aristas estas que Buey no olvida nunca a lo largo de las páginas del libro.

Desde ese punto de vista, recuperar a Lenin quería decir sobre todo «añadir a la autocritica del último Lenin, parcialmente distanciado del ejercicio del poder», la autocritica del leninismo (o de los leninismos)

8. Leer e interpretar con agudeza y criterios propios

Son seis, como señalamos, los capítulos que forman *Conocer Lenin y su obra*. No se trata de resumir contenidos, pero sí indicar características destacables del ensayo de FFB, un estudio que muestra lo que será una característica ininterrumpida de su filosofar (y de su praxis política): no rechazar influencias ni experiencias ajenas, enriquecerse con ellas, pero intentar pensar siempre con la propia cabeza y, si se me permite (y no parece cursi), sentir siempre con el propio corazón.

No debería pasarse por alto o leer desatentamente la trabajada cronología que Fernández Buey elaboró para su ensayo. Conviene leerla y releerla, retener si es posible los nudos más esenciales de la vida y el hacer político de Lenin antes de empezar la lectura del libro propiamente.

Con adecuada prudencia, FFB extrae conjeturas plausibles de los golpes sufridos por Lenin durante la adolescencia: muerte del padre, en gran parte como consecuencia de una jubilación forzada, inesperada y represiva; ejecución (horca) de su hermano *Aleksandr* tras un atentado fallido contra el zar; su propia expulsión de la universidad, acusado de actividades subversivas, apenas iniciados sus estudios de Derecho... Su crítica, su odio a los liberales, observa Buey, «su desprecio por los intelectuales académicos le vino probablemente de ahí, de la compro-

bación del aislamiento en que los colegas y amistades del padre dejaron a su familia después de la muerte de aquel y de la ejecución de Aleksandr».

No se olvida FFB de Brecht^[25] y de «A los por nacer», un poema traducido en varias ocasiones por Manuel Sacristán y por su amigo Antoni Domènech^[26]. «En cualquier caso, y por lo que hace a ese rasgo del carácter de Lenin —la intransigencia hasta la exageración— señalado en los recuerdos de amigos y enemigos, parece conveniente seguir el consejo de Bertolt Brecht y pensar con indulgencia en quien no pudo ser amistoso de tanto luchar contra la bajeza y la injusticia social».

Son numerosas las referencias a Krúpskaya en el libro. Muchas de ellas muestran la sensibilidad feminista de Fernández Buey desde joven, antes de la irrupción del feminismo como movimiento político en nuestro país, antes, mucho antes de los tres colores de *Mientras tanto*:

«Hay, finalmente, en tercer lugar, otro hecho ocurrido en ese período [1894-1900] y que habría de tener trascendental importancia para la vida de Vladímir Ulyánov; su unión con Nadezhda Krúpskaya, en julio de 1898, durante el destierro en la aldea de Shushénskoie. Desde entonces, casi sin interrupción hasta 1924, Nadezhda será la compañera infatigable de Lenin... la amiga valiente que trata de defender la voluntad del compañero frente a las injerencias de Stalin y la precipitación de los médicos cuando Lenin, paralizado, vive los últimos meses de vida».

25.– FFB ha sido uno de los filósofos españoles con mayor sensibilidad poética: «No un profesor de Historia de las ideas que, además, lee poesía, sino un amante de la historia razonada de las ideas que busca ideas, e incluso anticipaciones ideales, en los poetas. Eso querría ser yo».

26.– B. Brecht, «A los por nacer», nueva traducción de Antoni Domènech para sus amigos y amigas (<https://jaen-ciudadhabitible.org/a-los-por-nacer-bertolt-brech/> consulta: noviembre de 2023).

Lenin no fue, otro importante subrayado de FFB^[27], un discípulo que repite talmúdicamente las ideas y sugerencias de otros, incluso de maestros admirados. «El método de Lenin apenas tiene nada que ver con la actitud del discípulo devoto que se queda en las palabras del maestro (sea este Marx o Kautsky) para cada caso». Pocos revolucionarios marxistas, conservando lo esencial del marxismo, «han leído a Marx de maneras tan diferentes en función del desarrollo de los acontecimientos que estaban viviendo y de las contradicciones de la realidad que querían transformar...». La lectura de Marx por Lenin no era una lectura académica o profesional, «sino sustancialmente una lectura instrumental (con sus peligros, por supuesto) en función de las vivencias políticas correspondientes»^[28].

Como buen leninista sin ismos, Fernández Buey no justifica de Lenin lo que no puede ser justificado. No era posible justificar la relativa instrumentalización de las posiciones de los adversarios que había en la obra del revolucionario ruso durante los años 1910-1914 «aduciendo que estaba defendiendo una política de principios sin más o que estaba haciendo una defensa de la ciencia del marxismo»^[29] para la cual las

27.- Tampoco Buey fue un discípulo devoto, pero sí un alumno/discípulo agraciado que no olvidó a sus maestros, empezando por sus profesores de secundaria. Véase a este respecto uno de sus artículos más conmovedores: «Mi recuerdo de Xesús Alonso Montero» (disponible en: <https://espai-marx.net/?p=12668>, consulta: noviembre de 2023). Sobre sus otros maestros: «Elogio de la historia en la consideración teórica de la ciencia», en M. Cruz, M. A. Granada y A. Papiol (editores), *Homenaje a Emilio Lledó*, Barcelona, Crítica, 1989; F.F.B., *Sobre Manuel Sacristán*, Vilassar de Dalt. El Viejo Topo, 2015 y, sobre J. M.^a Valverde, F.F.B., *Sobre la izquierda alternativa y cristianismo emancipador*, Madrid: Trotta, 2021 (edición de Rafael Díaz-Salazar).

28.- Sobre asuntos metodológicos, F.F.B., *La ilusión del método. Por un racionalismo bien temperado*, Barcelona, Crítica, 1991.

29.- No fue el marxismo una ciencia para Fernández Buey

cuestiones tácticas son secundarias (como, por ejemplo, el oportunismo de Plejánov)», puesto que cuando Lenin había decidido escribir contra los bogdanovistas (*Materialismo y empiriocriticismo*) «fue en el momento justo en que las diferencias filosóficas entre estos y él mismo se unieron las diferencias políticas». Como consecuencia de ese compromiso tácito con el centrismo, el revisionismo de Bernstein fue para Lenin durante años «una especie de herramienta apta para la utilización contra todos sus oponentes: en 1902, bersteinianos son los ‘marxistas legales’; en 1905, los mencheviques; en 1908, la izquierda bolchevique...».

Alejado de todo panpsicologismo, FFB no olvidó la importancia política de aspectos de la personalidad del revolucionario ruso. Para comprender plenamente la compleja evolución intelectual de Lenin y dar cuenta así de su grandeza política, de aquello que le situaba por encima de tantos otros dirigentes revolucionarios contemporáneos tuyos, se tenía que añadir un rasgo de su personalidad, «patente en la obra de esos años, pero agudizado en gran forma por las circunstancias que motivaron su quehacer como estadista: la rapidez de una intuición política que le permite captar en seguida lo sustancial de las situaciones nuevas y encontrar con igual celeridad la vía de salida de una encrucijada antes de haber hallado los conceptos adecuados para hacer esa intuición inteligible a los demás».

Como buen marxista sin ismos (Marx: «Yo no soy marxista»^[30]) y como excelente conocedor de la filosofía de la ciencia contemporánea, Buey no tuvo ningún temor en usar el término revisión —palabra maldita durante décadas, asociada siempre al refor-

sino una tradición con aspiraciones emancipatorias (nudo poliético) con aportaciones científicas (revisables, como cualquier hipótesis científica).

30.- Una declaración metodológica marxiana a la que FFB dio siempre mucha importancia.

mismo y a la claudicación en la tradición comunista— en el caso de Lenin. En dos casos fundamentales: en el tema del partido y en el caso del campesinado. «También está este tema (partido), efectivamente, Lenin opta en 1905-1906 por la revisión. Y en este caso la revisión parece ser más profunda incluso que en el de la cuestión agraria».

FFB destaca también, desde los primeros compases del libro, el enorme arco de transformación cultural que va desde aquel joven Lenin que en casa del ingeniero Klasson, en la misma reunión en que conoce a Krúpskaya, exclama con ironía (y «con una risa fea que nunca más le oí»): «¡Muy bien! ¡Quien crea que la patria puede salvarse con comités contra el analfabetismo que empiece a trabajar en eso!», hasta la obsesión del Lenin final, durante sus últimos años de vida, en la lucha contra el analfabetismo y en favor de la instrucción y de la revolución cultural.

Como ocurre con todo gran pensador (y todo activista práxico), Buey remarca correcciones importantes a lo largo de los años en nudos centrales del pensamiento de Lenin. Era de toda evidencia que la idea leniniana de los soviets implicaba una corrección nada desdeñable de la forma de articular «consciencia y espontaneidad quince años antes, en la época de *Qué hacer*, puesto que, entre otras cosas, el partido no es visto ahora como una vanguardia externa al movimiento obrero», sino como una parte del mismo movimiento obrero que se hace vanguardia «al confrontar en él sus orientaciones con otras líneas políticas».

FFB se aleja siempre en su exposición de toda acrítica idealización de las tesis y posiciones de Lenin. «Pero si no se quiere idealizar la concepción de Lenin en este punto conviene añadir que no de todos sus textos hasta 1921 se desprende una visión tan equilibrada de la propia historia».

No son menos importantes las oportu-

tunas y detalladas informaciones que nos brinda Fernández Buey para contextualizar, para comprender el entorno (siempre variable) de las batallas teórico-políticas de Lenin. Por ejemplo, con el populismo^[31]. «En su polémica con los populistas, Vladímir Ulyánov no niega en sustancia la realidad de las diferencias entre los marxistas occidentales y rusos o entre los mismos marxistas rusos». Pero, prácticamente hasta 1900, prefiere velar y quitar hierro a esas diferencias por motivos de táctica política, «esto es, con la consideración de que por entonces todavía era posible la unificación de todos los marxistas rusos en un solo partido socialdemócrata». En esas condiciones, siguiendo un método que habría de caracterizar toda su vida como polemista, Lenin «decide pasar al ataque y resaltar implacablemente todas y cada una de las contradicciones del populismo, tanto por lo que a la fundamentación filosófica del mismo como en lo que respecta a su interpretación del desarrollo del capitalismo en Rusia».

Matiz es concepto y matizar (incluso matizar el matiz) es otra de las constantes de FFB en su ensayo. «Las características y la duración de este enfrentamiento... sugiere en primer lugar la relativa parcialidad de la tesis que identifica izquierdismo político con idealismo en lo filosófico». Bogdánov y algunos de sus seguidores «defendían un tipo de criticismo de orientación positivista en absoluto asimilable a un hegelianismo y solo reducible a un idealismo subjetivo con la óptica inadecuada en este campo que utilizaba Lenin durante estos años». Pero, pese a esto último, no podía ocultarse que la crítica posterior del Lenin estadista contra los comunistas defensores en 1908-

31.– Para la evolución del populismo ruso, FFB recomendará el estudio, excelente en su opinión, de F. Venturi, *Il populismo ruso*, Turín, Einaudi, 1952 (*El populismo ruso*, Madrid, Alianza, 1981). También T. Shanin, *El Marx tardío y la vía rusa*, Madrid, Editorial Revolución, 1990.



Francisco Fernández Buey junto a su amigo, el historiador y activista político, Víctor Ríos, al final de la década de 1970 (Fuente: *El Viejo Topo*).

1910 de la retirada de los parlamentos o de la abstención de participar en los mismos «utilizaba aquella polémica con Bogdánov de una forma más bien unilateral, esto es, como si de la posición del grupo leninista entre 1907 y 1914 pudiera desprendérse el éxito de la Revolución de Octubre y, por consiguiente, el necesario fracaso de la opción en sus oponentes de aquellos años».

Buey describe con excelencia «la marcha del pensamiento leninista». En los siguientes términos, por ejemplo: «En ese punto el pensamiento de Lenin sigue el mismo movimiento que en los anteriores: de la realidad a la teoría y de la teoría a las propuestas programáticas, corrigiendo de paso, en función de los hechos nuevos, la teoría establecida». Ese desarrollo se comprueba fácilmente «siguiendo la serie de

artículos publicados en varios periódicos (sobre todo en *Proletarii*) desde junio de 1905 hasta agosto de 1906, es decir, desde el III Congreso del POSDR, al que asistieron solo bolcheviques, hasta después de la derrota de los intentos insurreccionales de noviembre y diciembre de 1905». De este modo, resume un poco más adelante FFB, «si en 1902-1903 la tarea principal, según Vladímir Uliánov, era enseñar a las masas, imprimir en ellas la conciencia socialdemócrata, ahora, en 1905-1906 se trata de aprender de las masas. Y aprender tanto en lo relativo al papel del partido con respecto a ellas como en las cuestiones militares».

La finura de la percepción que Buey atribuye a Lenin está también muy presente en él, en su interpretación de la evolución del pensamiento del revolucionario ruso. «En

esa finura de percepción hay, sin duda, el desesperado bracear del hombre que está a punto de ahogarse y trata de salvar la vida», pero también, al mismo tiempo, «la reflexión teórica del estratega que ha hecho un mal cálculo sobre las fuerzas del enemigo y sabe corregir a tiempo, en la retirada, la evaluación de las propias fuerzas y las del adversario». Ya a principios de marzo de 1918 se encontraban en la obra de Lenin «muestras de ambas cosas cuando analiza el problema central de la Revolución rusa, su relación con las revoluciones socialistas en la Europa del capitalismo maduro».

FFB critica agudamente (y con matiz complementario, arista importante de su estudio) el unilateralismo de Lenin en su valoración de la civilización técnica. «El hecho de que aparezcan juntas, en un mismo texto, la teorización degradada de la dictadura del proletariado y la justificación acrítica del capitalismo de estado no puede ser una casualidad». Era la consecuencia directa del intento de construcción del socialismo en la miseria, en la ruina económica. «En ello puede verse una muestra más de la valoración unilateral por Lenin de la civilización técnica característica de los países en los que, según la teoría, el socialismo está maduro». Pero, por otra parte, dialógicamente, había que ver también en esa coincidencia «el esfuerzo del estadista, del político práctico, por encontrar la forma de sacar del hambre y de la miseria a miles de campesinos». En cualquier caso, era erróneo sacar de ahí la impresión de que este fuera el modelo de transición al socialismo en que Lenin pensó siempre.

La importancia del análisis singular, del análisis concreto de la situación concreta, está también muy presente en *Conocer Lenin y su obra*. Lo esencial era indicar que, aun sin diferenciar demasiado bien en ese concepto de formación económico-social entre el estudio de toda una civilización

como la capitalista y el análisis particularizado de una sociedad determinada, «Vladímir Ulyánov supo entrever ya a los 24 años que lo importante no era ponerse a discutir acerca de las minucias académicas sobre ese concepto, o acerca de los matices de una determinada carta de Marx sobre la comuna rural rusa escrita veinte años antes, sino investigar en qué situación real, concreta se hallaba entonces la sociedad en que vivía».

Muy destacable, e incluso sorprendente por su infrecuencia en aquellos años, es que el Fernández Buey de 1977!, en tiempos de extendida referencia al desarrollo problemático de las fuerzas productivas, haga referencia al capítulo XIII del libro I de *El capital*, el de la maquinaria y la gran industria, desde la perspectiva en que lo hace^[32]: «...además de utilizar términos como ruina física, innatural enajenación, atrofia moral, esterilización intelectual, desmedida prolongación de la jornada de trabajo para caracterizar algunos de los efectos de la gran industria, dedicaba un apartado especial al tema gran industria y agricultura en el que están contenida precisamente las palabras más duras contra una concepción progresista estrecha de la técnica». A lo que añade críticamente, después de citar varios pasajes de *El capital*: «algo bastante distinto, como se ve, de la ridiculización por el joven Lenin de los lloros populistas ante la acción destructora del capitalismo en el campo... una consideración completamente olvidada por Lenin en su polémica con los populistas rusos asimilados a epígonos de Sismondi».

FFB no oculta, desde luego, las «debilidades humanas» del revolucionario ruso. Lenin no solo fue un revolucionario que

32.- Muy afín a una conferencia de otoño de 1983 de Manuel Sacristán: «Algunos atisbos político-ecológicos de Marx». En *Pacifismo, ecologismo y política alternativa*, Barcelona, Icaria, 1987, pp.139-150.

no sabía demasiado^[33], sino que tampoco fue un hombre de acero. «Una vida, sin embargo, demasiado dura incluso para un hombre como Vladímir Ilích, el cual ya en 1903, a los treinta y tres años de edad, tuvo que afrontar la primera crisis nerviosa importante, como consecuencia del enorme desgaste al que estaba sometiendo su organismo aquel desenfrenado desvivirse. ¿Qué hacer? es, en más de un sentido, el resumen de aquel político desvivirse en la etapa de la redacción de *Iskra*».

En fin, Buey muestra a lo largo de las páginas de *Conocer Lenin y su obra* un pensar propio, un profundo conocimiento de la obra de Lenin: ¡había que leer, había que estudiar a los clásicos! Nunca habla por hablar, contextualiza siempre. Le anima una clara vocación didáctico-política que no trivializa y tiene en cuenta, como no podía ser menos, la realidad política que él mismo estaba viviendo. «Por ejemplo, y sin ir más lejos, esa sencilla pero constantemente repetida y siempre irresuelta contraposición entre ‘democracia’ y ‘confianza plena y fraternal entre los revolucionarios’, entre la necesidad de operar con la disciplina de un cuerpo militar, dado que se trata de lucha de clases, y la necesidad de evitar la burocracia para que la confianza plena y fraternal no se convierta (como ocurrió más de una vez en vida del propio Lenin) en compadrengue sectario». Una contraposición esta, añadía, que había operado y seguía operando en todo movimiento emancipatorio de verdad, no literario. Aunque no fuera más que por eso «convendría ser también un poco historiadores antes de echar alegremente por la borda ¿Qué hacer?».

FFB lo fue, siempre fue «un poco his-

33.- Antología de Lenin editada por Constantino Bértolo («El revolucionario que no sabía demasiado») en Clásicos del Pensamiento Crítico de los Libros de la Catarata, una colección que fundaron el autor y su amigo y discípulo Jorge Riechmann.

toriador» en sus análisis y trabajos. En mi opinión, uno de los filósofos españoles con más marcada perspectiva histórica y con mayores y profundos conocimientos históricos^[34].

9. La revolución rusa como problema histórico

No fue *Conocer Lenin y su obra* la última vez en la que Buey escribió sobre el revolucionario ruso.

En «Eurocomunismo: el último repliegue»^[35], hay varias referencias a Lenin («[...] cuando los partidos de la Europa central y oriental rectifican, siguiendo el ejemplo de la perestroika soviética, acaban prefiriendo el social-liberalismo de la Internacional Socialista al reformismo fuerte de los restos del eurocomunismo. Lenin hablaba en estos casos de ‘justo castigo’. La cultura laica dirá: buen motivo para volver a empezar») y al leninismo («Casi todas las polémicas principales a que dio lugar el eurocomunismo (el debate sobre la dictadura del proletariado en Francia, la controversia sobre el leninismo en España y la discusión sobre el compromiso histórico en Italia) se pueden interpretar como procesos de institucionalización a destiempo de lo que era desde hacía lustros política efectiva de los partidos comunistas de Italia, España y Francia»).

En «Apuntes para un debate sobre el ideario comunista»^[36], FFB remarca una idea-fuerza apuntada ya en *Conocer*:

«En 1894 V.I. Lenin, que empezaba enton-

34.- Por ejemplo, «Sobre historia: cuatro aproximaciones y un anexo» (en: <https://espaix-marx.net/?p=13638>, consulta: noviembre de 2023).

35.- Texto no fechado. No he sabido averiguar dónde fue publicado.

36.- *El Viejo Topo*, 28 (noviembre de 1976). F.F.B., *Discursos sobre insumisos discretos*, op. cit., 1993, pp.39-52.

ces su carrera política, se negó a trabajar en los comités contra el analfabetismo por creer que eso iba contra los intereses generales del proletariado vistos desde el ángulo marxista. Y se burló —dice Krúpskaya— con una risa fea». Siendo ya estadista, como presidente del Consejo de los Comisarios del Pueblo, V. I. Lenin había respondido a Gorki (que se lamentaba de los registros y detenciones de intelectuales de Petrogrado que en otro momento habían ayudado a la revolución) con las siguientes palabras:

«Sí, es gente buena y valiente, pero precisamente por eso hay que registrar sus casas. Precisamente por eso, a veces hay que detenerlos, aunque sea con pesar. Porque son personas buenas y valientes, sus simpatías van siempre hacia los oprimidos y están siempre contra las persecuciones. ¿Y qué es lo que ven ahora ante ellos? Los perseguidores son nuestra policía política; los oprimidos son los demócratas constitucionalistas y los socialistas revolucionarios que tratan de escaparse de aquella. Y, claro está, el deber, tal como ellos lo entienden, les obliga a aliarse con estos contra nosotros. Pero nosotros tenemos que meter en cintura a los contrarrevolucionarios y anularlos. Lo demás es la mera evidencia».

Y, según cuenta en este caso Lunacharski, V. I. Lenin estalló en una risotada. Otra «risa fea», muy fea».

También hay referencias a Lenin en la presentación de «El acorazado Potemkin», un texto didáctico, fechado el 6 de diciembre de 1978, que Buey preparó para el colectivo Drac Màgic como presentación de la película de Sergei M. Eisenstein^[37]. Y fue-

ron varias sus referencias al revolucionario ruso y a la Revolución de Octubre en un artículo, al que el propio FFB dio mucha importancia, que publicó con el título «La Revolución rusa como problema histórico»^[38].

En el apartado II del texto Fernández Buey apuntaba que los bolcheviques en general, y Lenin en primer lugar, «habían recogido una parte, solo una parte, del razonamiento marxiano sobre la comuna campesina y la Revolución rusa y obviaron la otra». Consideraron que la Revolución rusa podría realizarse, mantenerse y profundizarse «siempre que tuviera lugar también la revolución mundial, la revolución europea, o al menos la revolución socialista en el país en que parecían existir mayores posibilidades para el cambio (Alemania)».

Pero, por otra parte, proseguía, abandonaron la idea de que era posible pasar al comunismo moderno desde el comunitarismo primitivo de la comuna aldeana. «Al abandono de esta idea contribuyeron sin duda varias razones que es difícil resumir sin una referencia detallada a la evolución del contexto histórico ruso y europeo desde 1880 hasta 1917». Así y todo, y aun a sabiendas de que sin el detalle sobre esa evolución histórica se corría el peligro del esquematismo, podían señalarse algunas de esas razones. La más formal de ellas, tampoco despreciable, era que ninguno de los dirigentes bolcheviques «llegó a conocer hasta muchos años después de la Revolución de Octubre la totalidad del razonamiento de Marx sobre la comuna aldeana (señaladamente no conocieron la carta a Vera Zasúlich y la importante primera redacción de la misma)». Ese desconocimiento afectaba muy probablemente a las conclusiones de Lenin en *El desarrollo del capitalismo en Rusia* «en

37.- Era una actividad cultural en la que solían participar numerosos estudiantes de bachillerato de aquellos años.

Otra característica de FFB: sus frecuentes intervenciones, conferencias o participación en mesas en institutos de

educación secundaria.

38.- F.F.B., «La Revolución rusa como problema histórico», *El Viejo Topo*, extra nº 2, 1978, pp.6-9.

el sentido de que la revolución pendiente en el país era una revolución democrático-burguesa». Si esa obra se leía no desde el conocimiento de lo que había pasado posteriormente sino desde el conocimiento de la situación rusa en 1880-1890 era «difícil sustraerse a la impresión (afirmada por varios estudios actuales del tema) de que Lenin hinchó los datos relativos al desarrollo capitalista de Rusia en aquel momento, exagerando con ello la existencia de factores semejantes a los europeo-occidentales y que conducían a la disolución inevitable de la comuna aldeana».

Con todo, apuntaba Buey, más importante que la existencia de ese factor de desconocimiento de la obra de Marx al respecto era, para explicar el porqué del abandono bolchevique de la idea de la posibilidad del paso de la comuna rural al comunismo moderno, el mismo desarrollo material de Rusia hasta 1917. Sobre este punto no podía caber ninguna duda: el avance del capitalismo y la disolución de las relaciones pre-capitalistas agrarias fue un hecho.

«¿Una necesidad histórica? Efectivamente, una necesidad histórica si se entiende por tal el objetivo de la base material de aquella sociedad más la voluntad de una parte importante de la población (por lo menos de la burguesía rusa, de sectores del campesinado y de la vanguardia política del proletariado industrial) en el sentido de transformar a Rusia en un país lo más parecido posible a los de la Europa occidental. No hará falta añadir, sin embargo, que esa coincidencia bastante general no implica necesariamente coincidencia en los proyectos político-sociales de los principales grupos que actuaban como portavoces de las varias clases en lucha».

Como argumento a favor de la bondad de la tesis de Lenin y contrario a las ideas del

viejo Marx solía citarse el éxito del proyecto político bolchevique en octubre de 1917. Pero era un argumento muy poco sólido en opinión de FFB. Por las siguientes razones:

En primer lugar «porque oculta la escasísima realidad social del partido bolchevique (escasísima sobre todo en el campo, y en un país en el que la población campesina seguía constituyendo el 80% de la población) entre 1903 y febrero de 1917», y porque olvidaba, además, «que el éxito bolchevique en octubre se debió sustancialmente a su buena captación de las repercusiones de la guerra imperialista en las varias clases sociales rusas».

En segundo lugar, porque no consideraba el hecho evidente de que la proletarización acelerada del campesinado ruso en los años treinta de siglo XX era «precisamente la continuación y consumación de las medidas disolventes de la comuna aldeana tradicional adoptadas con anterioridad por varios ministros de la época zarista».

En esa necesidad histórica que refutó la prognosis del viejo Marx sobre Rusia tuvo también su papel, más importante de lo que solía decirse en su opinión, «a voluntad bolchevique de seguir en este aspecto el ejemplo de países como Inglaterra, Alemania y los Estados Unidos de Norteamérica». En cualquier caso, lo cierto era que «el desconocimiento, el olvido (o el históricamente necesario abandono, como se prefiera) de la hipótesis de Marx sobre la comuna aldeana» había obligado a Lenin a forzar «la semejanza de la revolución en curso en Rusia con las revoluciones democrático-burguesas de la Europa occidental».

Si se tenía en cuenta la fuerza con que Marx había acentuado la particularidad, la diferencia, de la formación social rusa por comparación con otras sociedades de la Europa occidental y si se pensaban las implicaciones sociales de su hipótesis acerca del paso de la comuna aldeana tradicional

al comunismo moderno, se comprendía que no empleara «el término de revolución democrático-burguesa para definir la revolución conservadora/transformadora de la comuna rural». Y se comprendía también que, al emplearlo, «Lenin se sintiera inmediatamente en una situación bastante embarazosa». En realidad, una buena parte de la obra de Lenin entre 1905 y 1917 venía a ser en lo esencial «un dar vueltas en torno a la explicación de la revolución democrático-burguesa rusa». No pensaba FFB que fuera desmerecer el genio político de Lenin «afirmar que, pese a las muchas veces que se refirió a ese tema, no logró tampoco dar una definición satisfactoria de la naturaleza de esa revolución democrático-burguesa rusa».

10. Leninismo sin ismos

Ese mismo año de 1978, FFB publicó «¿Leninismo?»^[39], un artículo con el que intervenía en el debate del PCE y del PSUC sobre el abandono del término en la definición ideológica de ambas formaciones. Santiago Carrillo, entonces secretario general del PCE, lo había anunciado en tierras americanas, en la Universidad de Yale, en noviembre de 1977.

«Parece que muy poca gente entiende qué es lo que está pasando con el tema del leninismo en el PCE y en el PSUC durante

39.- Publicado en *El Correo Catalán*, 5/IV/1978. Partidos comunistas vinculados a la historia de la III Internacional y partidos comunistas de extrema izquierda, aunque no solo ellos, solían definirse como organizaciones marxistas-leninistas (con añadidos en el caso de los segundos; pensamiento Mao Tse-Tung, por ejemplo). La otra cara de la moneda: también la reacción usó esa expresión para referirse a partidos o gobiernos de izquierdas, lo fueran o no. Así, Henry Kissinger, criminal de guerra recientemente fallecido y consejero de Seguridad Nacional de Nixon, declaró en 1970, pocos días después del triunfo de la Unidad Popular: «Chile votó con calma para tener un Estado marxista-leninista, la primera nación del mundo en hacer esta elección libremente y con conocimiento...».

las últimas semanas», comentaba Buey con ironía. Era natural: la burguesía española apenas había tenido tiempo para otra cosa que para enriquecerse durante los últimos 40 años y las clases trabajadoras bastante habían hecho con resistir la explotación y la opresión. Leer a Lenin en España hasta aquel momento había sido un privilegio. «Y leer a Lenin ahora produce un cierto hastío, como si la mayoría de los miembros de las clases sociales en conflicto hubiera llegado a la conclusión inconfesada de que ya es demasiado tarde para eso»^[40].

Leninismo era, se repetía una y otra vez, análisis concreto de la situación concreta. ¿Qué quería decir esto? «Pues, sin duda, reflexión realista, lo más aproximativamente científica posible, acerca de la situación económica, social y política en que se vive en un momento dado. Reflexión expresada, además (se supone), con verdad, sin ocultar datos esenciales de esa realidad». Si eso fuera así, si el leninismo fuera solo o sustancialmente análisis concreto de la realidad concreta, nos encontraríamos, sin embargo, observaba sarcásticamente FFB, «con la conclusión paradójica de que la más alta exposición del mismo en el país la representa el general Gutiérrez Mellado»^[41]. O, para poner un ejemplo contrario, la dirección de ETA militar. Pues uno y otra han subrayado recientemente el rasgo central de la situación concreta: el poder en la España de hoy es el ejército».

Fernández Buey no creía que los que estaban entonces inmersos en el debate sobre el leninismo estuvieran dispuestos a aceptar una conclusión tan aparentemente pa-

40.- No erraba FFB en este punto. Lenin dejó de estudiarse no solo en facultades o instituciones universitarias sino entre la militancia comunista (incluida una buena parte de la izquierda comunista).

41.- Vicepresidente primero del Gobierno para asuntos de Defensa y ministro de Defensa durante la Transición en gobiernos de Adolfo Suárez. Se enfrentó a Tejero el 23F.

radójica, «por lo que no cabe más remedio que terminar diciendo en este punto que, o bien el leninismo es algo más que análisis concreto de la situación concreta», o bien que en el debate se estaba hablando de otra cosa que tenía escasamente que ver con las palabras que se pronunciaban.

Para el autor de *Leyendo a Gramsci*, el leninismo era, desde finales de los años veinte o incluso desde antes, un cuerpo de doctrina compilado sustancialmente por Stalin: «un partido de revolucionarios profesionales aguerridos basado en el centralismo democrático; un esquema de la revolución como proceso que culmina en la destrucción del estado burgués y la sustitución de este por la dictadura del proletariado; una teoría del imperialismo considerado como última etapa del capitalismo; una concepción de la construcción del socialismo mediante la amalgama del taylorismo, los soviets y la electrificación». Un cuerpo de doctrina que, de hecho, había nacido muerto, «puesto que cuando fue compilado en Rusia aquel partido de revolucionarios profesionales era ya un partido de masas con demasiados policías, los soviets no existían como tales, la dictadura del proletariado empezaba a ser dictadura sobre el proletariado, el imperialismo había superado la gran crisis de los años 1918-1921...».

Había habido entonces otros leninismos: el de Bujárin, el de Trotski, el de Zinóviev. «Todos ellos murieron asesinados en nombre del leninismo de Stalin, de la razón de estado». Muchos años antes, Engels, refiriéndose a la revolución socialista y a los revolucionarios proletarios por comparación con los revolucionarios burgueses, había llegado a escribir: «Tal vez nos pase a nosotros lo mismo». Creyendo construir el comunismo se construiría de hecho otro sistema de dominación. «Engels tachó aquella frase. Los investigadores la han restablecido y la historia ha hecho

verdadero su presentimiento».

Para FFB, la autocritica de ese leninismo, incluso del leninismo que siendo estalinista como el español tenía menos de qué arrepentirse que aquellos otros que recordaban machaconamente sus desmanes en 1936-1939, seguía siendo necesaria. Y no empezaba donde solían decir entonces las crónicas al uso; «empieza con un artículo de Manuel Sacristán acerca de la experiencia checoslovaca publicado en 1968^[42] y criticado entonces por casi todos; por los que hoy se apuntan de manera oportunista a la liquidación por derribo (y entonces mantenían las tesis chinas contra los partidarios de Dubcek) y por los que hoy se afellan al leninismo estalinista como una tabla de salvación (y entonces veían en la autocritica del leninismo al monstruo trotskista)».

Ese leninismo no servía porque había nacido muerto. Pero quedaba la obra de Lenin. Y en ella, un conjunto de ideas que la realidad y la evolución históricas no habían invalidado: «su concepto global del proceso revolucionario, su previsión del comportamiento de las clases sociales en lucha, su estimación de la sustancia del estado capitalista, su afirmación de la necesidad de una forma u otra de dictadura proletaria para llegar al autogobierno de los trabajadores, su idea de la relación entre el aspecto nacional e internacional de las revoluciones».

En pocas palabras, Buey concluía, quedaba el sentido común revolucionario de Lenin, confirmado una y otra vez por el análisis concreto de la situación concreta.

11. Entrevista sobre Lenin

Siguieron siendo frecuentes (aunque menos ciertamente) sus referencias a Lenin

42.- M. Sacristán, «Cuatro notas a los documentos de abril del Partido Comunista de Checoslovaquia», en *Intervenciones políticas*, op. cit., pp.78-97.

y al leninismo en los artículos de FFB de los años ochenta y en años posteriores. Conviene aquí recordar que en momentos de «abandono generalizado», Buey siguió vindicando la revolución, la gran obra filosófico-práctica de Lenin. Así, en «1917 desde 1991»^[43]. Fernández Buey citaba aquí oportunamente a Alexis de Tocqueville: «Cuando se las mira de frente, las revoluciones deslumbran y solo vemos sombras. Para llegar a ver sus luces hay que mirar más allá: hay que saber qué había antes de que la revolución llegara». La advertencia del gran teórico de la democracia moderna se refería, obviamente, a la Revolución francesa, pero valía igual entonces para la valoración rusa de 1917. Para FFB, «las luces de aquellos días que conmovieron al mundo siguen resaltando sobre las sombras del terror y de la guerra civil cuando miramos con detenimiento el estado en que volvían de la Primera Guerra Mundial cientos de miles de campesinos hambrientos, ávidos no solo de pan sino también de una esperanza, de una palabra nueva». Para muchos esa palabra nueva había sido soviet.

FFB siguió impartiendo conferencias sobre «La Revolución rusa como problema histórico» y temáticas afines a lo largo de la década de los noventa. Pero seguramente su intervención más extensa y detallada sobre Lenin fue la entrevista que le hizo Marta Camps Calvet en mayo de 2003^[44]. Selecciono los pasajes centrales de la conversación:

43.- Publicado en *Mientras tanto*, nº 47, noviembre-diciembre de 1991.

44.- *Mientras tanto* la reeditó unos diez años después con la siguiente nota: «Recuperamos para el boletín de este mes una interesante entrevista que Francisco Fernández Buey concedió hace un decenio en torno a la figura de V.I. Lenin. El texto puede ser considerado un complemento del nº 119 de la revista *Mientras tanto*, el monográfico en homenaje a FFB». <http://www.mientrastanto.org/boletin-112/ensayo/entrevista-a-francisco-fernandez-buey>. (consulta: noviembre de 2023).

Sobre las corrientes ideológicas que habían influido directamente en Lenin, Buey observaba que la primera influencia había sido la de los populistas o *naródniki*, «que habían desempeñado un papel importante en la Rusia de los años setenta-ochenta. Incluso por motivos familiares, porque su hermano estaba directamente vinculado a esa forma de resistencia ante el absolutismo zarista». Esa fue la primera influencia e, inmediatamente después, la lectura de Marx y de los marxistas de la época.

Sobre las aportaciones de Lenin, sobre todo lo que se refería la idea de partido, FFB creía que la aportación principal había sido, en primer lugar, «una aplicación de la teoría económica, como decía Marx, de la ciencia económica, al análisis de las condiciones económico-sociales de la Rusia de comienzos de siglo». El punto era importante porque probablemente la primera aportación substancial de Lenin había sido «su análisis del desarrollo del capitalismo en Rusia, y este análisis está muy inspirado en el punto de vista económico de Marx. Y esto es anterior a cualquier juicio que hagamos sobre otras aportaciones».

La segunda, la más importante para Fernández Buey, era su teoría política. En Marx podían verse muchos apuntes, muchas consideraciones interesantes para una teoría del partido, pero Marx no tuvo partido y este era un punto importante. «Conoció la Liga de los Comunistas, estuvo allí unos meses; conoció la Primera Internacional, pero esta tampoco era un partido en un sentido propio, y, por lo tanto, Lenin es probablemente de los primeros que se han planteado el asunto específico de lo que podía ser un partido político socialdemócrata, que era la palabra que se usaba inicialmente en 1903, en 1905», posiciones muy adaptadas a las características específicas de la situación rusa de la época.

Hubo más aportaciones importantes

a la teoría marxista del partido (la de Luxemburg, por ejemplo). Pero la de Lenin fue «una consideración del partido específicamente adaptada a las condiciones del absolutismo zarista de la época, a la necesidad de un partido clandestino y con una organización profesional muy específica». Esto no estaba en la obra de Marx, había sido una novedad radical.

Sobre los factores de la realidad con la que se había encontrado Lenin y le habían llevado a hacer nuevos planteamientos, algunos contradictorios con la visión de Marx en opinión de la entrevistadora, FFB matizaba. «Tanto como contradictorios con la visión de Marx yo no lo diría. Aquí haría una precisión que sería la siguiente: se tendría que distinguir entre el Lenin teórico del partido y de la revolución hasta 1917, y el Lenin estadista». Si se consideraba el Lenin teórico del partido, de la revolución y del estado, no había contradicción con la visión de Marx «sino más bien una adaptación de la visión marxiana sobre el capitalismo, sobre el estado y su función en la sociedad capitalista, a condiciones nuevas que estarían caracterizadas por dos cosas».

La primera: Rusia era todavía un país relativamente atrasado en comparación con la Europa central y occidental. «Lenin está pensando en una situación considerablemente distinta de la que era la situación en Alemania, en Francia, en Inglaterra». La segunda: «que es una cosa que Marx difícilmente podía pensar, aunque ya en el *Manifiesto comunista* está la previsión, digamos, de una cierta globalización del capital y del capitalismo, pero que no podía prever en la forma en que se produjo, que es el paso a una nueva fase del capitalismo, lo que Lenin y otros de su época llamaban imperialismo». Esto último era muy importante, en opinión de FFB, aunque tampoco estaba en contradicción con la visión de Marx. Era más bien una ampliación importante.

Existía otro factor, nada secundario, que no podía haber previsto Marx, «que es lo que representó la Primera Guerra Mundial, del 14 al 18». La consideración de las consecuencias de la I Guerra Mundial había sido clave para la formación de una teoría política y de una filosofía social en Lenin.

En resumen, Buey indicaba: «no hay contradicción, hay una ampliación desde el punto de vista de Marx». Se podían ver aparentes contradicciones, por ejemplo, en su formulación de la teoría del partido, pero no tanto porque Lenin entrara en contradicción con lo que Marx había sostenido «sino porque Marx dijo muy poca cosa sobre este tema».

Sobre el supuesto desinterés por la Revolución de 1905, FFB apuntó que no se podía afirmar que Lenin no había mostrado interés. La Revolución de 1905 sorprendió a Lenin como a mucha otra gente, también a Luxemburg, por ejemplo. «¿Y por qué? Pues porque la Revolución de 1905 tiene un origen muy complicado, es una revolución de carácter muy espontáneo que tiene sus raíces en la protesta en parte de los campesinos y en parte de los trabajadores contra el zarismo, pero que viene desencadenada por la participación de personas como Gapón y gente de estas características que no tenían nada a ver con la resistencia social y política de la época».

En este sentido se podía decir que a Lenin le sorprendió la Revolución de 1905, pero que mostró mucho interés por ella quedaba demostrado porque inmediatamente después escribió mucho sobre esos acontecimientos. «Caracterizó la Revolución de 1905 como una revolución inicialmente democrático-burguesa, antiabsolutista digamos, un poco haciendo la comparación histórica con lo que fue la primera Revolución Francesa, la Revolución de 1789». Y consideró que esta no era una revolución socialista, una revolución proletaria, en el

sentido que no se podía decir que la vanguardia de esta revolución fuera el proletariado.

Probablemente, añadía Buey, lo que Lenin no fue capaz de ver con toda la dimensión que tenía «fue el carácter de una de las instituciones claves de la Revolución de 1905, que es el nacimiento de los soviets en una forma aún muy espontánea». Y como Lenin tenía una concepción «muy cerrada del partido político como organización, ante esta forma abierta del soviet, que no era ni el sindicato característico de las sociedades europeas occidentales ni el partido político de profesionales en el que él pensaba, sí que tuvo problemas para interpretar qué significaban los soviets en 1905».

¿Pensaba, le preguntó a continuación Marta Camos Calvet, que la Revolución de Octubre de 1917 había forzado la historia? Lo pensaba, ciertamente, y creía que Lenin también. La idea de que se podía pasar, en el caso de Rusia, de una sociedad semifeudal a una sociedad socialista era una idea muy extendida en la Rusia de la época. «Creo que se podría decir que muy extendida desde los años ochenta del siglo XIX». Era una idea que tenían ya los populistas rusos desde Chernichevski. El problema era aquí que Marx ya de viejo llegó a pensar lo también en cierto modo. «Cuando Vera Sazúlich consulta a Marx si Rusia se podría ahorrar los sufrimientos del capitalismo, Marx, en 1880, pensó mucho cómo contestar a esta pregunta. ¿Por qué? Porque era una pregunta complicada para el mismo Marx, sobre todo era complicada porque había escrito en el libro I de *El capital* pasajes que parecían dar la idea que para llegar al socialismo era absolutamente necesario pasar por una etapa capitalista». Marx, también Engels, hicieron la precisión hacia los años 80 del siglo XIX: «era posible en Rusia pasar de una sociedad semifeudal a

una sociedad socialista, siempre y cuando, y esta era la condición, la Revolución rusa coincidiese con la revolución en la Europa occidental». Los clásicos lo habían dicho muy explícitamente: si se producía esa coincidencia, probablemente Rusia podría ahorrarse los sufrimientos del capitalismo.

Lenin la había heredado esta idea de Marx. Ahora bien, hacia 1917, Rusia no era ya solamente una sociedad semifeudal. «Rusia era dos cosas al mismo tiempo: en gran parte una sociedad semifeudal, pero en gran parte una sociedad con puntas de desarrollo capitalista importante. Y, pensando en ello, Lenin reconstruyó la teoría, pensando en la posibilidad de que, en esta ambigüedad entre las dos cosas, se podría llegar a una fórmula que fuese intermedia entre la revolución democrático-burguesa y la revolución socialista». Por esta razón hablaba en términos que en Europa occidental parecían contradictorios, «esta idea de la dictadura democrática del proletariado y del campesinado, que, claro, en nuestro lenguaje, es una cosa un poco extraña esto de dictadura democrática, que quería decir una formación social y económica revolucionaria con una vanguardia proletaria sobre un océano de campesinos, de payeses pobres».

De todas formas, proseguía FFB, la verdad era que hacia 1914-15 Lenin no tenía demasiadas esperanzas en una revolución inmediata en Rusia. «Cuando estalló la Primera Guerra Mundial, llegó un momento en el que Lenin pensó, lo dijo explícitamente, yo ya soy viejo como para ver...». Lo que había cambiado la situación radicalmente fue la guerra, «fue la inesperada cosa que los campesinos y los obreros durante la guerra, en un momento dado, dada la situación en la que estaban, giraron las armas contra el zar y contra sus dirigentes». En este sentido, creía que sí, que se podía decir que octubre de 1917 había forzado la



Francisco Fernández Buey en un acto de la Fiesta del PCE de 1992, Madrid (Foto: Carmen Barrios, fuente: Archivo Histórico del PCE).

historia. De hecho, todas las revoluciones habían forzado la historia. «No solamente la rusa, también la Revolución Francesa fue un forzamiento inesperado de la historia».

El hecho que la «dictadura del proletariado» en la URSS no llevara a la extinción del estado (como defendió Lenin, *El estado y la revolución*) y, en cambio, hubiera un crecimiento de la burocracia, un peligro que Lenin había denunciado en su testamento político, ¿se podía explicar solo por las causas externas? Buey creía que había causas internas. La idea de la extinción del estado, que era una idea no solamente de Lenin sino también de Marx, correspondería a la etapa superior del socialismo, al comunismo, y no había sido formulada ni por Marx ni por Lenin con demasiada precisión. «De hecho, cuando Lenin publica *El estado y la revolución*, las personas que se interesan más por este punto de vista son los anarcocomunistas, digamos, de la época. Había pocos socialistas en Europa que

pensasen en la posibilidad de la extinción o desaparición del estado. En Alemania probablemente nadie». La tradición más bien pensaba en la función educativa y renovadora del estado alternativo, de «otro» estado, pero no pensaba en su extinción o desaparición.

Por otra parte, *El estado y la revolución* era, por así decirlo, una declaración de principios generales. Cuando después de la revolución, los bolcheviques se encontraron en una situación «que es, primero, de guerra civil y, después, de cerco militar exterior, lo que hacen inmediatamente es reforzar el estado. Cambian muchas cosas, pero se encuentran en una situación, cómo decirlo, de necesidad».

Entre que hubo una situación de necesidad, que tenía que ver con las causas externas, y que no hubo una teoría precisa sobre cómo tenía que evolucionar el estado para llegar a la extinción, «la verdad es que las dos cosas juntas lo que hicieron —sobre

todo inmediatamente después de la muerte de Lenin, que en el *Testamento* ya vio que las cosas no iban nada bien— es que fuera una prolongación de lo que fue el estado zarista con una nueva forma. ¿Por qué? Porque tuvieron que recurrir a funcionarios del viejo aparato del estado existente y ello condicionó muy mucho la cosa».

Se podría ir un poco más allá en su opinión. «Quiero decir: es probable que, ya en la discusión que tuvieron Marx y Bakunin sobre la dictadura del proletariado y la extinción o desaparición del estado, el mismo Marx ya ‘no hilera muy fino’, y este ‘no hilar muy fino’ haya tenido su influencia también en la reflexión del Lenin estadista, no tanto del Lenin revolucionario de *El estado y la revolución*, sino del Lenin del 18 al 22». La prueba era que el Lenin más viejo, no solamente el del *Testamento* sino el de los años 1921-1922, era un Lenin melancólico sobre estos problemas: «siempre da muchísima importancia a la educación, a la formación, a lo que él llama la revolución cultural, que es básicamente alfabetización del campesinado. No podía ser otra cosa».

Había algo más.

12. A modo de conclusiones

En la citada entrevista, Marta Camps Calvet preguntó a FFB si podía explicar brevemente la importancia histórica de la figura de Lenin más allá de los análisis de combate que se hacían de su figura. En coincidencia con lo expuesto en *Conocer Lenin y su obra* y en otros escritos, Fernández Buey seguía pensando que era muy difícil al analizar la figura histórica del revolucionario ruso hacer abstracción de los análisis de combate. Lo era «porque Lenin fue un hombre de partido y con una concepción del mundo de la política muy explícito, y no hay quien pueda escribir o tratar sobre la figura de Lenin que no se sienta desde el primer momento

motivado por la simpatía o antipatía del personaje desde el punto de vista político». Lo mejor en estos casos, observaba FFB, era ver qué habían dicho de él sus contemporáneos y comparar qué dijeron.

Y la verdad era que eran muchos los contemporáneos de Lenin, no estrictamente marxistas ni necesariamente marxistas, que reconocieron que había sido una figura histórica de primer orden. «Decir después que ya no es una figura de primer orden porque las cosas fueron de otra forma de la que pensaba Lenin es como decir que Napoleón no tuvo ningún tipo de importancia». Para Buey, Lenin estaría desde un punto de vista político entre las cinco o seis personas del siglo XX más importantes.

En cuanto al papel que tenían en la izquierda actual las teorías de Lenin, FFB respondió con una broma: la izquierda actual, ¿qué era eso? Desde su punto de vista, «la izquierda actual o ya no sabe quién era Lenin o, en general, no le interesa. Hay personas, individuos y pequeños grupos, y sobre todo no en Europa, en América Latina, que aún tienen interés por las teorías de Lenin». Pero, en su opinión, «si por izquierda actual entendemos la izquierda entre comillas europea, el papel de las teorías de Lenin es 0,1».

De los partidos autodefinidos marxistas-leninistas pensaba lo mismo. Eran muy pocos los partidos autodefinidos así en Europa; otra cosa era en otros continentes. Por ejemplo, el Partido Comunista colombiano seguía considerando que Lenin era el más grande político revolucionario del siglo XX. «Pero la izquierda, así, en general, creo que ya ha abandonado Lenin hace demasiado y que ya ni tan solo se le lee. O sea que, ¿cómo pueden saber cuáles son las ideas de Lenin?».

FFB proponía una fácil comprobación. «Si haces la prueba de ir a una librería barcelonesa o madrileña a comprar las obras

de Lenin no las encontrarás. Encontrarás un par de biografías más bien recientes, ya desde la consideración del final del mundo comunista, pero no las obras de Lenin». En cambio, hasta los años setenta del pasado siglo «podías encontrar en cualquier librería de Barcelona las obras completas o una selección».

¿Y podía ser de interés el voluntarismo ideológico propuesto por Lenin, preguntó Camps Calvet? Fernández Buey creía que sin voluntad no había revolución. «Eso de que las contradicciones internas del capitalismo, sea globalizado o menos globalizado, puedan llevar a la revolución y al socialismo no lo creo y creo que Marx tampoco». Cuando Marx hablaba del «viejo topo», «no pensaba solamente en las contradicciones internas del propio sistema, pensaba que la gente, proletarios y no solamente proletarios, se movilizarían. Eso tiene a ver directamente con la voluntad». Por otra parte, una cosa era la voluntad y otra cosa el voluntarismo ideológico. «Aquí la discusión estaría en saber cuándo pasamos de la afirmación de la importancia de la voluntad y la subjetividad de los individuos al voluntarismo ideológico».

Por lo demás, FFB introducía un nuevo matiz: no pensaba que Lenin fuera un voluntarista ideológico. Lenin había sido, sobre, «todo un gran analista político muy poco ideológico, porque una cosa es la afirmación constante de los principios, de las convicciones morales y políticas, y otra es esto del voluntarismo ideológico». De hecho, era muy probable que Lenin no fuera el principal dirigente comunista de la época en poner en primer plano la voluntad. «Mucho más voluntarista que Lenin era Gramsci^[45], por ejemplo, y otros». En cualquier caso, él no creía que la actual etapa del neolibera-

lismo con la globalización apuntara «hacia una crisis si por crisis se entiende exclusivamente una crisis económica; si por crisis entendemos una crisis en un sentido más profundo, cultural o sociocultural, a veces sí lo creo».

Una nueva crisis del capitalismo globalizado sin voluntad de transformación radical no conduciría «a otra cosa que, a una nueva forma de fascismo, como pasó en los años veinte-treinta. Esto, digo, si no hay la voluntad explícita de transformación radical y revolucionaria en un sentido alternativo a la sociedad existente». Desde este punto de vista, «llamémosle voluntad concreta o voluntarismo ideológico como dices tú, esto es necesario». Sin ello, no se producirían cambios importantes.

Por otra parte, Buey no pensaba que episodios como las revoluciones del siglo XX fueran hechos arqueológicos. «Aunque muchas veces se ha afirmado que se ha terminado para siempre la época de las revoluciones, después han habido más». No se atrevía a hacer afirmaciones así. No se tenían que descartar. «Y es posible que hoy en día, en algunos de los países de América Latina todavía se producen situaciones revolucionarias que recuerdan otras del siglo XX; aún no sabemos bien qué pasará en Venezuela, qué pasará en Colombia, qué pasará en Perú, qué pasará en Uruguay o Paraguay, o en Ecuador, de aquí a unos años». En estos países había pasado de nuevo muy a primer plano lo que podría llamarse lucha de clases y no estaban descartados episodios revolucionarios. «Ahora bien, también es verdad que las revoluciones no se repiten, la Revolución rusa no tuvo nada a ver con la Revolución francesa; después, con posterioridad, se hace teoría comparativa, pero fueron muchas las diferencias». Lo que sí pensaba era que modelos como el del Palacio de Invierno de octubre del 1917 no se producirían de nuevo, aunque no descar-

45.- Junto con Weil y Guevara, los tres grandes clásicos del siglo XX que, probablemente, más conmovieron a FFB.

taba otros episodios revolucionarios.

Sí que descartaba que una estrategia como la bolchevique pudiera llevar al triunfo de la revolución a día de hoy. Probablemente ya no lo era en los años veinte-treinta del siglo XX en una parte importante del mundo. Ni la Revolución china ni la cubana habían sido continuación de la estrategia bolchevique. «Mao Tse-tung inicia una Larga Marcha que dicen que es más bien una retirada estratégica que tiene muy poco a ver con el proceso revolucionario en Rusia. Y lo que hicieron Fidel Castro y Guevara en Cuba, tampoco es comparable a lo que pasó en la Revolución del 17». Habían sucedido demasiadas cosas como para pensar que una estrategia como la bolchevique pudiera llevar al triunfo de la revolución en el siglo XXI.

Francisco Fernández Buey no lo creía, pero nunca renunció en sus últimos años a la necesidad de cambios sustantivos, más urgentes que nunca dadas las dimensiones

del desastre ecológico y social en el que vivía la gran mayoría de la Humanidad.

En la presentación del libro de Memorias de Lucio Magri en la Facultad de Filosofía de la UB celebrada el 18 de noviembre de 2010, Fernández Buey cerró su intervención citando un paso de *El sastre de Ulm* de claro sabor leninista: «...los afiliados al partido (PCI), entre 1989 y 1990, disminuyeron en casi 400.000 [...] Y el éxodo llegó. Alrededor de 800.000 personas se alejaron de la política activa». No era verdad que las clases subalternas permanecieran por naturaleza vinculadas a la izquierda «sino que, por el contrario, si no las convence y orienta una organización, quien las orienta es la televisión». Un éxodo de tal magnitud y de esta clase era peor que la escisión, le abría paso a la demagogia populista. La obra de Lenin, un Lenin sin ismos, podía seguir ayudando a combatir senderos que conducían al corazón de las tinieblas reaccionarias.